

el duque envió inmediatamente un despacho á Blücher aconsejándole el armisticio, que él estaba dispuesto á conceder mediante las condiciones siguientes:

»1.^a Que guardaremos las posiciones que ahora ocupamos;

»2.^a Que el ejército francés se retirará de París yendo más allá del Loira;

»3.^a Que la custodia de París será confiada á la guardia nacional hasta que el rey (Luis XVIII) ordene otra cosa;

»4.^a Que se fijará un plazo para la ruptura de este armisticio.»

En tanto que Wellingtón consideraba la ocupación de París como un resultado imposible de obtener por las fuerzas inglesas y prusianas, los jefes del gobierno y del ejército franceses, impacientes por ver cesar toda lucha y entregarlo todo, enviaban agentes encargados de ofrecer á los dos generales enemigos la rendición de aquella capital, que Wellingtón consideraba imposible atacar con probabilidades de éxito.

Más afortunado ó más hábil que el coronel Marcirone, el general Tromelin había atravesado fácilmente los puestos avanzados del ejército francés y del prusiano, y hacía ya tiempo que se hallaba en conferencia con Blücher, cuando éste recibió el despacho de su aliado inglés. Fuese que Tromelin había hecho comprender al general prusiano lo exagerado de sus pretensiones y los peligros de su posición; fuese que había triunfado de su terquedad por medio de una parte, si no del total, de los dos millones de que el barón de Vitrolles no había querido hacerse cargo tres días antes; ó bien fuese que la carta de Wellingtón ejerciese influencia en su ánimo, si no todos estos motivos á la vez, lo cierto es que el feldmariscal consintió al fin en no exigir que los 100.000 soldados franceses le entregasen las armas y se dignó contentarse con que se retirasen á cuarenta leguas de París y con la posesión de esta capital. Era mucho más de lo que se atrevía á esperar Wellingtón. El general Tromelin llevó á Fouché y á Davoust las condiciones de su conferencia, invitándole á nombrar un comisario que le representase en su negociación.

Wellingtón no había esperado el mensaje para acercarse á Blücher. Temiendo para el ejército prusiano los peligros á que le tenía expuesto su posición aislada, aumentados por las genialidades de su jefe, había resuelto aproximarse á él, trasladando parte de sus fuerzas á la margen izquierda del río. El paso del Sena se efectuó en Argenteuil por un puente provisional rápidamente construido al efecto. En la mañana del día 3 de julio, las tropas inglesas ocupaban Villeneuve-la-Garenne, Asnières, Courbevoie y Suresnes; y el mismo Wellingtón no tardó en llegar al cuartel general prusiano. Blücher había recibido á las diez de la mañana la respuesta del gobierno provisional: Fouché, sus colegas y Davoust consentían en todo; ya sólo faltaba señalar el sitio de la conferencia. Los dos generales aliados designaron el palacio de Saint-Cloud. ¡Destino singular! Testigo del advenimiento de dos gobiernos, de dos dinastías, este palacio había de serlo de su doble caída en un plazo relativamente corto.

Aquel mismo día, 3 de julio, Bignón, encargado del ministerio de Negocios extranjeros, Bondy, prefecto del

Sena, y el conde Guillemín, jefe del estado mayor general del ejército, llegaron para tratar, no en nombre y en interés de Francia, sino en nombre del ejército, y en interés solamente de París, provistos de plenos poderes de Davoust. Blücher y Wellingtón, aunque presentes, se hicieron representar, el primero por el mayor general barón de Müffling, y el segundo por el coronel Hervey. Las conferencias empezaron inmediatamente.

Los comisarios franceses guardaron el silencio más absoluto sobre los detalles de aquella transacción; y aún se ignorarían, si el duque de Wellingtón, en dos de sus despachos, y el general Müffling, en un libro titulado *Campaña de los ejércitos anglo-bávaro y prusiano en 1815*, no hubiesen referido los incidentes esenciales de la discusión que condujo á un *Convenio militar* cuyos diez y ocho artículos estipulaban lo siguiente:

«ARTÍCULO 1.^o Habrá *suspensión de armas* entre los ejércitos aliados, mandados por Su Alteza el príncipe de Blücher y Su Excelencia el duque de Wellingtón, y el ejército francés bajo los muros de París.

»ART. 2.^o El ejército francés se pondrá en marcha mañana para tomar su posición allende el Loira. París será enteramente evacuado en tres días, y el movimiento allende el Loira se efectuará dentro de ocho días.

»ART. 3.^o El ejército francés se llevará con él todo su material, su artillería de campaña, sus cajas militares, caballos y efectos de regimientos sin excepción. Todas las personas empleadas en los depósitos partirán también, así como las que pertenecen á los diferentes ramos de la administración militar.

»ART. 4.^o Los enfermos y heridos, y los oficiales médicos que sea necesario dejar con ellos, estarán bajo la protección especial de los comandantes en jefe de los ejércitos inglés y prusiano.

»ART. 5.^o Los militares y empleados á quienes se refiere el artículo anterior podrán incorporarse á los cuerpos de ejército á que pertenecen, inmediatamente después de su curación.

»ART. 6.^o Las mujeres é hijos de todos los individuos pertenecientes al ejército francés podrán quedarse en París. Las mujeres casadas podrán salir de París para seguir al ejército y llevar consigo sus bienes y los de sus maridos.

»ART. 7.^o Los oficiales de infantería empleados en el mando de los federados ó de los tiradores de la guardia nacional podrán incorporarse al ejército ó volverse cada uno á su casa ó á su país natal.

»ART. 8.^o Mañana, 4 de julio, al mediodía, Saint-Denis, Sain-Ouen, Clichy y Neuilly se entregarán; pasado mañana, 5, á la misma hora, se entregará Montmartre; el tercer día, 6, se entregarán todas las puertas.

»ART. 9.^o El servicio de la ciudad de París continuará siendo hecho por la guardia nacional y por el cuerpo de gendarmería municipal.

»ART. 10.^o Los comandantes en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar por sus subordinados á las autoridades actuales *mientras existan*.

»ART. 11.^o Las propiedades públicas, *exceptuando las relacionadas con la guerra*, ya pertenezcan al gobierno ó ya dependan de las autoridades municipales, serán respetadas, y las potencias aliadas no intervendrán de ningún modo en su administración y dirección.

»ART. 12.^o Las personas y propiedades individuales serán igualmente respetadas. Los *habitantes* y en general *todos los individuos que se encuentran en la ciudad* continuarán disfrutando sus derechos y libertades, sin ser perseguidos, ni en razón de los empleos que ocupen ó hayan ocupado, ni por su conducta ú opiniones políticas.

»ART. 13.^o Las tropas extranjeras no pondrán obstáculo alguno al aprovisionamiento de la capital; prote-

dichos.—BARÓN BIGNÓN, CONDE GUILLEMINOT, CONDE DE BONDY, BARÓN DE MUFFLING, F. B. HERVEY.—*Aprobada y ratificada* la presente *suspensión de armas*, en París, el 3 de julio de 1815. BLÜCHER, WÉLLINGTON.—*Aprobado*. El GENERAL PRÍNCIPE DE ECKMUHL.»

Tal era la suspensión de armas por medio de la cual se hacía entrega de París y de toda Francia á los ingleses y á los prusianos. Fouché había dispuesto las cosas



El duque de Wellingtón

gerán, por el contrario, el arribo y libre circulación de los artículos á ella destinados.

»ART. 14.^o El presente convenio será observado y tomado como regla de mutuas relaciones *hasta la conclusión de la paz*. En caso de ruptura, habrá de ser denunciado en las formas usuales, al menos con diez días de anticipación.

»ART. 15.^o Si sobrevienen dificultades en la ejecución de alguno de los artículos del presente convenio, se interpretará en favor del *ejército francés* y de la *ciudad de París*.

»ART. 16.^o El presente convenio es declarado común á todos los ejércitos aliados, *con tal de que sea ratificado* por las potencias de que estos ejércitos dependen.

»ART. 17.^o Las ratificaciones serán cambiadas mañana, 4 de julio, á las seis de la mañana, en el puente de Neuilly.

»ART. 18.^o Por ambas partes se nombrarán comisarios encargados de vigilar la ejecución del presente convenio.

»Hecho y firmado en Saint-Cloud, por triplicado, por los comisarios arriba nombrados, el día y año ante-

de manera que ni su nombre figurase en aquel acto indigno, cuya entera responsabilidad asumió Davoust, único individuo del gobierno que dió poderes á los comisarios franceses y el único que ratificó aquel convenio, cuyo título verdadero y primitivo de *capitulación* borró Fouché en el original, substituyéndolo con el que ha llevado en la historia. El público, que se deja siempre engañar por la exterioridad de las palabras, sin profundizar nunca las cosas, no debió leer del convenio de Saint-Cloud más que el título y las firmas, pues no se levantó una sola voz en el gobierno, ni en las Cámaras, ni en la prensa, para protestar contra la ausencia absoluta de garantías y aun de promesas en favor de los derechos y de la independencia del país.

Sin embargo, todas las estipulaciones, desde el primero hasta el último artículo, no disponen más que la salida del ejército francés de París y la entrega de esta capital á las tropas aliadas. En vano se buscaría en ellas la traza más fugitiva de un pensamiento encaminado á garantizar los intereses generales de la patria francesa. Y el mismo ejército francés, principal parte contratante, aquel ejército que por la superioridad de sus fuerzas sobre las fuerzas de sus adversarios podía dictar la ley

en vez de recibirla, ¿qué garantía encontraba? Su mantenimiento como fuerza organizada no era objeto de ninguna estipulación; no se aseguraba á los oficiales la conservación de los grados que habían ganado en los campos de batalla, ni á los soldados el premio de la sangre que habían vertido; los hombres encargados de tratar en su nombre no habían cuidado siquiera de protegerles contra los odios que habían de perseguirles á causa de aquellos servicios y de aquella sangre derramada. Hasta se echaron en olvido los sagrados derechos adquiridos por las viudas y los huérfanos de los bravos militares muertos en acción de guerra. «El ejército francés se retiraba á cuarenta leguas de París, abandonando esta capital al príncipe Blücher y al duque de Wellington:» tal era la capitulación en toda su desnudez. Y la plenitud del abandono era tal, la falta de previsión era tan absoluta de parte de los firmantes franceses, que al día siguiente los aliados podían, con derecho, exigir la disolución de aquel ejército de 100.000 hombres que iba á retirarse sin combate; humillar á Francia bajo las más duras leyes de la conquista; abandonarla á las largas y sangrientas venganzas del nuevo gobierno; debilitarla por medio de tratados que habían de encerrarla en límites aún más estrechos que los de 1814; agotarla, en fin, por medio de largos años de ocupación militar y por medio de requisas y contribuciones de guerra de cerca de dos mil millones de francos. ¿Podía imponer peores condiciones la resistencia más enérgica, la defensa más desesperada? Combatiendo, al menos se hubiera podido salvar el honor.

Hasta el 4 de julio la población de París no tuvo conocimiento del convenio, publicado aquel día por el *Monitor*. Lejos de sospechar que se negociaba un armisticio, los habitantes y los soldados esperaban una batalla que había de rechazar lejos de la capital á los ejércitos inglés y prusiano. Aquella batalla, prometida por todos los hombres relacionados con Fouché y Davoust y por todos los periódicos, hacía que la mayor parte de los parisienses afluyeran á los puntos céntricos de la ciudad en busca de noticias. Los barrios apartados parecían desiertos; las puertas y las ventanas de los primeros pisos permanecían cerradas; sólo cuando el paso cadencioso y pesado de las patrullas de infantería ó el galope del caballo de algún ordenanza interrumpía el silencio habitual del barrio, se abrían algunas ventanas de los pisos altos y por ellas asomaban cabezas de mujeres ansiosas, interrogando con la mirada la actitud y la dirección de los soldados. En cambio, el gentío era inmenso en el centro y en los sitios públicos de la ciudad. Habíanse improvisado en los bulevares numerosos gabinetes de lectura en que abundaban los periódicos de toda opinión, los folletos de actualidad y las cartas geográficas de los alrededores de París, teatro entonces de la guerra. Treinta ó cuarenta mil campesinos que se habían retirado ante el enemigo aumentaban la circulación entre las calles de la Paz y del Faubourg del Temple, sin alejarse de sus carros en que ancianos, mujeres y niños descansaban sobre colchones.

En todas las alturas que dominaban el curso del Sena se formaban grupos de curiosos que esperaban en vano la batalla prometida y que hacía correr diariamente hasta las avanzadas una muchedumbre de fedorados y de guardias nacionales impacientes por batirse

al lado de los soldados. La palabra *traición* corría de boca en boca. Fouché, á fin de sembrar en los espíritus un desorden moral y una desconfianza favorables á su trabajo de disolución, daba á su policía la consigna de señalar como traidores á los jefes del ejército, á los miembros de las Cámaras y á los individuos de la Comisión de gobierno, sin excluirle á él. De su despacho salían á todas horas verdaderas brigadas de agentes de toda condición, en trajes diversos, con la secreta misión de propalar entre la población y el ejército las insinuaciones más odiosas y los rumores más alarmantes. Individuos vestidos en su mayoría de zapadores-bomberos se mezclaban con los soldados, afirmándoles que todos los generales no se ocupaban más que en hacerles traición y aconsejándoles que desertasen. A los generales se les decía que las Cámaras y el gobierno únicamente procuraban obtener á costa del ejército y de sus jefes, á quienes sacrificaban, el perdón y los favores de los Borbones. Y á los empleados de toda clase, lo mismo que á las dos Cámaras, se les daba á entender que reinaba en el ejército la desorganización más completa, que los soldados se negaban á batirse y desertaban por compañías enteras. Todos aquellos rumores y calumnias, si no eran aceptados, dejaban al menos á una gran parte de la población en una incertidumbre y en un desaliento que le hacían desear un arreglo, cualquiera que fuese.

La clase aristocrática, en su mayor parte realista, conoedora de la inteligencia secreta de Fouché y Davoust con el barón de Vitrolles, no veía en las comunicaciones del gobierno á las Cámaras y en las discusiones de ambas Asambleas más que una ridícula comedia política, representada por ilusos é imbéciles, bajo la hábil dirección del duque de Otranto, y cuyo desenlace previsto no le causaba inquietud alguna. El público elegante frecuentaba los paseos, y particularmente los jardines de las Tullerías, como en tiempo normal. La noticia de la capitulación causó una grata sorpresa, como fin de una farsa que se prolongaba demasiado. La clase media recibíola sin murmurar, pues la interrupción de los espectáculos y la paralización de los negocios implicaban para mucha gente sacrificios de hábitos é intereses que no podían soportar mucho tiempo. Sin embargo, ¡cosa increíble!, donde la capitulación causó mayor júbilo fué en la Cámara de representantes. La Comisión de gobierno se la notificó al principio de la sesión del 4 de julio. A propuesta del general Solignac, en concepto de quien el armisticio se debía á la actitud imponente del ejército, la Asamblea envió á éste «un voto de gracias con motivo de la capitulación concluída con los generales aliados.» Al obligar á Napoleón á bajar del trono, la Cámara había conferido, doce días antes, á los individuos que constituían su mesa, el encargo de ir á dar las gracias al emperador por aquel sacrificio, que privaba á Francia del único brazo que hubiera podido salvarla; consecuente con su conducta insensata, la Asamblea felicitaba ahora al ejército francés por una capitulación que alejaba á cuarenta leguas de París las tropas que eran su único sostén, su única fuerza, su única garantía de existencia y cuya marcha la dejaba enteramente á merced de los aliados.

¿Se había extinguido acaso toda inteligencia y todo patriotismo en aquellos días de demencia y de oprobio;



MARCHA DE LOS PRUSIANOS SOBRE PARÍS, relieves en bronce del monumento erigido á Blücher en Berlín, en 1856, obra de Cristián Rauch (1777-1857)

amarga expiación de días de gloria y de grandeza? No; Francia era víctima, pero no cómplice de sus gobernantes, y protestó por boca del pueblo y de los soldados. El pueblo, que había rechazado la abdicación del emperador, pidiendo que éste se colocase al frente del ejército, había de rechazar también la capitulación firmada en Saint-Cloud. Según el artículo 8.º, Saint-Denis, Saint-Ouen, Clichy y Neuilly tenían que entregarse á los aliados en la mañana del día 4; y hacía ya tiempo que estas posiciones se hallaban en poder del enemigo cuando el convenio fué oficialmente comunicado á la Cámara. Los parisienses no tuvieron conocimiento de él hasta más tarde. Desde luego la noticia fué recibida con la incredulidad más profunda. Por fin los más incrédulos tuvieron que rendirse á la evidencia. Y entonces estalló la cólera popular. Pronto se oyeron numerosas cargas de mosquetería. Los gritos de *¡á las armas!* resonaron por todos los ámbitos de la ciudad. Las masas clamaban contra la capitulación. Montmartre, las alturas de Chaumont, de Belleville y de Romainville, ocupadas aún por las tropas francesas, no habían de ser entregadas hasta el día siguiente. Pueblo y soldados proyectan establecer en aquellas fuertes posiciones una defensa desesperada. Gran número de habitantes de los barrios extremos se concentran en las inmediaciones del Palacio Real y de las Tullerías á los gritos de *¡viva el Emperador!*, *¡á las armas!*, *¡muera los traidores!* Ciérranse las tiendas y cunde la alarma. El gobierno, enterado de lo que ocurre, convoca inmediatamente á la guardia nacional. Su comandante, el general Masseña, publica un bando excitándola á que reprima todo desorden. Agentes de policía propalan la calumniosa noticia de que obreros, federados y soldados se reúnen con el propósito de incendiar los barrios opulentos y aprovecharse del desorden para saquear tiendas y casas. Estas calumnias indignas, renovadas siempre en los momentos de emoción pública y siempre escuchadas, obtienen el resultado que se espera. En un instante hay sobre las armas unos 20.000 guardias nacionales que marchan contra el gentío, disuelven los grupos y ocupan por pelotones los principales puntos estratégicos, conteniendo en su origen el movimiento popular.

No era tan fácil paralizar la irritación del ejército. Cogidos de sorpresa, los destacamentos que en la noche del 3 al 4 habían tenido que entregar los puestos avanzados, no habían opuesto resistencia alguna; pero los cuerpos que en la noche del 4 al 5 recibieron la orden de evacuar la línea comprendida entre Clichy y la calzada de Vincennes se negaron á obedecer; la excitación de la víspera se había convertido en exasperación. La mayor parte de los generales se reunieron para determinar los medios de romper la impía transacción de Saint-Cloud y lavar semejante baldón con la sangre de los ingleses y de los prusianos. Desde luego declararon á Davoust destituido del mando; pero ninguno de los generales sucesivamente designados para substituirle se atrevió á ponerse al frente del ejército en tan críticas circunstancias. Hubiera bastado seguramente un hombre para rehacer á Francia de la derrota ó salvar al menos su honor. El hombre que hacía falta no se encontró. Los generales apelaron entonces al recurso de hacer insinuar á las tropas que reclamasen las pagas atrasadas. El tesoro estaba exhausto y el gobierno care-

cía de crédito y de recursos; por tanto aquella reclamación podía suspender la marcha del ejército y la ruptura de la capitulación. El miedo fué grande en las Tullerías. Davoust propuso echar mano de los depósitos existentes en el Banco de Francia, para distribuirlos á los soldados: proposición que rechazaron los colegas de Fouché. El banquero Laffitte sacó al gobierno del apuro prestándole dos millones con que pagó los atrasos á las tropas. Pero esto no calmó á los soldados. Fouché apeló entonces á los generales de mayor popularidad á fin de que procurasen vencer aquella resistencia obstinada. El general Drouot, justamente tenido por muy patriota y leal, mandaba la guardia; obedeciendo ésta á su jefe, abandonó sus posiciones y se puso en movimiento hacia el Loira; los demás regimientos del ejército, aunque llenos de indignación, siguieron el ejemplo de Drouot. Muchos soldados, al cruzar París, disparaban sus fusiles al aire, á los gritos de «¡Viva el Emperador! ¡Muera los traidores!» y llenando de imprecaciones el nombre de Davoust. Algunos rompían sus armas y otros se desgarraban el uniforme. En la noche del 5 al 6, todos los cuerpos del ejército francés se hallaban en plena marcha, camino de Orleáns.

En medio de aquellos incidentes, las Cámaras continuaron celebrando sus sesiones, ocupándose en cosas abstractas y en definiciones metafísicas, en vez de hacer algo que pudiese mejorar la triste situación de la patria.

Mientras tanto, los ingleses habían acampado en el bosque de Boulogne, colocando sus centinelas avanzadas á pocos pasos de la puerta de la Estrella, y los prusianos coronaban las alturas de Montmartre y Belleville.

El día 5, la Cámara de representantes se entretuvo todo el día en discutir y aprobar una *declaración de derechos* propuesta por M. Garat. El presidente suspendió la sesión á las cinco de la tarde, para reanudarla á las siete. Algunos representantes, envidiosos sin duda de la gloria de M. Garat, salieron del salón de sesiones dispuestos á unir su nombre á una *declaración* cualquiera. Antes de comer, la Cámara había aprobado una *declaración de derechos*; después de la comida, al reanudarse la sesión, dos miembros se apresuraron á proponer una *declaración de principios*. La Asamblea escuchó la lectura del proyecto presentado; nombróse en el acto una comisión encargada de dictaminar en seguida; media hora después, el ponente subió á la tribuna y leyó su informe; cada párrafo, puesto á votación, fué sucesivamente aprobado. Votóse la totalidad y el presidente proclamó el resultado. Un indecible entusiasmo se apoderó de la Asamblea. Todos los diputados, de pie, tienden los brazos y se abrazan. Algunos lloran de emoción. Los espectadores se abrazan también llorando en las tribunas. Unos y otros gritan: *¡Viva la nación!* *¡Viva la libertad!* *¡Viva la independencia!* *¡Odio eterno al despotismo!* *¡Que venga el enemigo!* *¡Ahora podemos morir!* ¿Qué acontecimiento inesperado causaba aquellos transportes? ¿Eran gritos de victoria? ¿Había retrocedido el ejército para atacar al enemigo, y le había batido acaso, devolviendo á Francia su gloria eclipsada y su independencia perdida? No; lo que de tal manera entusiasmaba á la Cámara era un acuerdo inútil, sin resultado posible; el presidente acababa de proclamar que la *declaración de principios* era aprobada por *unanimidad!*

El día siguiente, 6 de julio, era el señalado por la